
Pequeños estudiantes, grandes recuerdos

Angélica Noemi Hernández Juárez

Licenciatura en Educación Primaria. Docente en la Escuela Primaria Lázaro Cárdenas del Río, CCT: 15EPR4130S en el Estado de México.
angelica.hernandez@isceem.edu.mx

La docencia siempre fue un sueño para mí, recuerdo con cariño las palabras de mis padres, quienes con mucho entusiasmo siempre me preguntaban: ¿qué quieres ser cuando seas grande?, a lo que yo respondía: quiero ser maestra. Pasaban los años y esta pregunta seguía teniendo la misma respuesta, sólo que cada vez se sentía más emocionante saber que la meta estaba cerca.

Ser maestra representa poder estar cerca de la infancia y, por tanto, de tener la oportunidad de contribuir en el crecimiento positivo de los estudiantes. Soy fiel creyente de que el mundo necesita más niñas y niños felices, ellos serán los adultos del mañana, lo que los convierte en la promesa de un futuro mejor.

En la actualidad, soy docente de Educación Primaria y tengo seis años de servicio frente a grupo, sin embargo, el tiempo es relativo y aunque pudiera parecer que es poco, en historias, anécdotas, retos y alegrías, tengo mucho por contar. Y es que, ¿cómo no tener tanto que compartir de una profesión tan noble y tan gratificante para el alma?, ¿cómo no recordar con cariño y esperanza todas esas pequeñas voces que día a día te enternecen el corazón? Sí, eso representa esta profesión para mí, un espacio en el que he podido desarrollar una dualidad en mi función, en la que algunas veces soy la profesora y en otras, soy aprendiz de la vida.

A lo largo de mi labor, he estado en contacto con estudiantes de diferentes grados, pero es importante mencionar que en su mayoría han sido de entre cinco y seis años de edad, es decir, con niñas y niños de primer grado. Ante esto, he tenido la oportunidad de darles la bienvenida ante una nueva etapa en su vida: la primaria. El primer día de clases es determinante, posiblemente lo recuerden durante mucho

tiempo y qué tarea tan compleja resulta para quienes hemos estado en esta función, ya que representa un abanico de emociones en donde pueden existir llantos, nervios, temor e incertidumbre por lo desconocido, pero también, la posibilidad de demostrarles que puede convertirse en el lugar en el que se crearán nuevas historias que les permitirán crecer y aprender mucho.

Con lo anterior, busco proyectar cuánto me apasiona estar presente en los inicios de la formación en nivel primaria, compartir con ellos la alegría en sus rostros cuando están aprendiendo a leer, escribir, o resolver alguna operación matemática, es una gran satisfacción no sólo como profesional, sino también como persona. Ser responsable de este grado, también me ha permitido conocer mejor a los estudiantes, quienes en su mayoría se caracterizan por ser ocurrentes, llenos de energía y cuestionarse de todo lo que les rodea.

Recuerdo con mucho cariño a un alumno que tuve precisamente en primer grado, sin embargo, fue durante el periodo en que se desarrolló la pandemia por Covid-19, así que en un inicio las clases fueron virtuales. Fue hasta el mes de noviembre de 2021, en el que regresamos a modalidad presencial con las medidas sanitarias correspondientes, por lo que el maestro de guardia debía recibir a los estudiantes, tomarles la temperatura con un termómetro digital y colocarles gel antibacterial en las manos.

Para continuar, es preciso aclarar que esta generación de estudiantes no había tenido la oportunidad de estar físicamente en una escuela, ya que el preescolar también había sido de forma virtual debido al aislamiento que provocó la pandemia, por lo que incrementó el desafío para los docentes que nos encontrábamos en primer grado, al tener que habituar a los alumnos a una dinámica escolar.

En esa primera semana de regreso a clases, me encontraba a cargo de la guardia junto con una maestra, previamente les había solicitado a mis alumnos portar un gafete con su nombre y el grupo para poder ubicarlos más rápido, por lo que cuando ingresó mi alumno lo vi muy emocionado saludando a todos los profesores, lo saludé y cabe mencionar que todos traíamos cubrebocas, por lo que entablamos el siguiente diálogo:

Profesora: ¡Hola, bienvenido!

Estudiante: Hola maestra, soy de 1° B.

Profesora: ¡Yo soy la maestra de 1° B.

Estudiante: No, pero busco a mi maestra Angie.

Profesora: ¡Yo soy la maestra Angie!

Estudiante: ¡Ay wow!, ¿tú eres la de las clases virtuales?

Profesora: ¡Si!!!!, soy yo!

Disfruto mucho contar esta anécdota porque es indescriptible la manera en que ese pequeño gran estudiante me miraba y bromeo diciendo que por un momento me sentí famosa, pero en realidad sirve de reflexión para analizar la forma en que algunos de nuestros alumnos nos ven, nos conceptualizan y, por ende, la forma en que nos recuerdan. A lo largo de nuestra profesión tenemos docentes con diferentes personalidades y formas de ser, sin embargo, hay algunos a los que recordamos más que a otros y eso tiene que ver en gran parte con la proyección que tenemos ante nuestros alumnos.

Entre otra de las experiencias que me hacen agradecer a la vida por elegir esta carrera, está la que hace referencia a otro de mis grupos. Dentro de mi salón de clases coloqué en la pared un pastel hecho de *foami*, en el cual se colocan los cumpleaños de cada uno de los miembros de grupo, por lo que la dinámica de clases implica que todos cantemos “Las mañanitas” a los festejados y les digamos algunas palabras o buenos deseos.

Esta actividad tiene la misión de hacer que las niñas y los niños se sientan especiales, importantes y valorados por sus demás compañeros, por lo que cada mes están pendientes de revisar quiénes cumplen años para que no se les olvide hacer la felicitación correspondiente. En esa ocasión estaban revisando a los festejados del mes de mayo y algunos pudieron leer que se encontraba mi nombre, se sorprendieron y me preguntaron: “maestra, ¿es cierto que cumples años este mes?” a lo que yo respondí que sí y vi que algunos escribieron esa fecha en su cuaderno.

Pasaron los días y llegó el día de mi cumpleaños, en el que sucedió algo que sinceramente no esperaba, ni imaginaría. Comenzamos

la jornada y los niños me felicitaron y me dieron un abrazo, lo cual me hizo sentir muy bonito. No obstante, durante el transcurso de la jornada me fue a buscar la conserje y me dijo que me solicitaban en la entrada, dejé a mis alumnos realizando una actividad en su cuaderno y al volver, vi que estaba cerrada la puerta de mi salón y había un pequeño letrero en la puerta que decía “no pasar maestra”, me asomé por la ventana para ver qué sucedía y toqué la puerta. Tal fue mi sorpresa al entrar y ver que salieron desde abajo de las mesas con un gran salto gritando ¡feliz cumpleaños! Poco después, entraron algunas madres de familia acompañadas de pastel, gelatina, un regalo y hasta un ramo de flores. En ese momento yo sólo me preguntaba, ¿en qué momento mis alumnos planearon algo así?, ¿de quién fue la idea de esconderse bajo las mesas?, ¿cómo se tomaron el tiempo de organizar un festejo? Realmente no encontré respuestas, pero fue un detalle inolvidable y completamente inesperado.

Otra de las historias que me gustaría compartir es relacionada con un grupo que también tuve la oportunidad de recibir en primer grado y que siempre se caracterizó por ser muy participativo, tengo muchas anécdotas que contar de cada uno de los miembros, sin embargo, se desarrolló un cariño especial, ya que, a pesar de que ya no era su maestra, no hubo un día en el que no me fueran a visitar a mi salón.

La historia cobra mayor sentido cuando, después de cuatro años, se me asignó el mismo grupo en quinto grado y los estudiantes se encontraban felices. Fue muy emotivo escuchar cuánto se emocionaron de saber que nuevamente estaríamos trabajando juntos en ese ciclo escolar, y aunque ya no tenían seis años de edad como cuando los conocí, yo seguía viéndolos tal y como el día en que aprendieron a escribir su nombre o como la época en que comenzaron a perder sus primeros dientes.

Pasaron algunas semanas y tiempo después de que comenzara el ciclo escolar, tuve que despedirme del grupo, ya que previamente había solicitado un permiso para realizar un posgrado, por lo que estaría de licencia durante dos años. Llegó el día en que tuve que avisarles a mis estudiantes que sólo estaría en la escuela durante esa semana y su reacción fue completamente inesperada para mí, pues no sólo se

sorprendieron, sino que recuerdo con mucha nostalgia su rostro lleno de tristeza, me dieron un abrazo y las lágrimas inundaron sus ojos y los míos. Llegó el último día y mi despedida fue muy emotiva, recibí muchas cartas en las que me escribían buenos deseos e incluso algunos de los familiares de mis alumnos se acercaron a agradecerme por el tiempo compartido y desearme éxito en la etapa que iniciaba.

Al llegar a mi casa vi que una de mis alumnas me dio una nota en la que decía que me estaba entregando uno de sus juguetes especiales, el cual quería que yo conservara para que no la olvidara. Hasta el día de hoy, ese detalle sigue conmigo, al igual que cada una de las cartas que recibí, sin embargo, creo que no imaginaron el impacto que sus palabras tendrían en mi persona, pues han sido un motivante para el momento en que vuelva a mi salón de clases.

Al escribir este texto, me cuestioné mucho respecto a qué historia contar, verdaderamente fue complejo seleccionar sólo algunas, después de vivir tantas anécdotas y momentos, sin embargo, traté de compartir reseñas breves de algunos de mis pequeños, pero grandes estudiantes, no obstante, es preciso mencionar que aunque me gustaría poder hablar de todos aquellos que han compartido un aula conmigo, no me alcanzarían las páginas para relatar todo lo vivido, así que si algún día leen este texto, quiero que sepan que todos y cada uno de ustedes, son importantes para mí y tienen un cachito de mi corazón, finalmente son quienes me convirtieron en *La Maestra Angie*. Gracias.